

Virgen con libro. Lecturas femeninas en la Baja Edad Media hispana*

The Virgin with a Book. Women's Readings in the Hispanic Late Middle Ages

MARÍA JESÚS FUENTE PÉREZ**

RESUMEN

La proliferación de imágenes de la Virgen con un libro en sus manos, y la introducción de retratos de mujeres también con un libro, coincide con un tiempo en el que se estaba aceptando y favoreciendo la formación lectora de las mujeres. Partiendo de esas imágenes en las que supuestamente la Virgen y las otras mujeres leen libros piadosos, recomendados por religiosos y laicos, se estudian las bibliotecas de algunas mujeres de la nobleza, las que tenían acceso a la cultura, para ver si eran solo libros de oración los que se encontraban entre sus pertenencias. Después se contempla el papel de la lectura en la toma de conciencia de la situación femenina en la sociedad patriarcal, y su posible repercusión en las actuaciones de las mujeres.

PALABRAS CLAVE

mujeres lectoras en la Edad Media, mujeres escritoras en la Edad Media, mujeres Mendoza, Elvira Lasa de Mendoza, Aldonza de Mendoza, Teresa de Cartagena

ABSTRACT

During the Middle Ages, it became increasingly common for painters to portray both the Virgin Mary reading and noble women with a book in their hands, coinciding with the acceptance and encouragement of reading by women. From these images, one perceives that these women were reading devotional books, as clerics or laymen recommended. However, by studying the libraries of certain noble women, those with access to an education, we can determine whether in fact they only owned prayer books. We will also consider the role of reading in women's awareness of their place in a patriarchal society and how this affected their actions.

KEY WORDS

Medieval women readers, medieval women writers, women of the Mendoza family, Elvira Lasa de Mendoza, Aldonza de Mendoza, Teresa de Cartagena

* Fecha de recepción del artículo: 2011-1-23. Fecha de aceptación del artículo: 2011-3-16.

** Universidad Carlos III de Madrid. C.e.: mjfuente@hum.uc3m.es

La imagen de la virgen María con un libro en su regazo o colocado sobre una mesa comenzó a difundirse a partir del siglo XII, coincidiendo con el tiempo en que se extendía la idea de que como Madre de Dios, María habría sido mujer dotada espiritual e intelectualmente. Siguiendo esa línea, Alberto Magno, en el siglo XIII, enseñaba que María había sido una maestra en las siete artes liberales, es decir, en el *Trivium* y en el *Quadrivium*. Las escenas de la Anunciación, que habían comenzado representando a la Virgen con el huso y la rueca, pasaron a retratarla con un libro.

La expansión de la narrativa sobre María incluyó a su madre, Santa Ana, como su educadora, lo que llevó a transmitir un modelo iconográfico en el que aparece Santa Ana enseñando a leer a la Virgen, o Santa Ana enseñando a leer a la Virgen y al niño. Más adelante la imagen de mujer con libro se va a ampliar a otras mujeres, santas o nobles. Buenos ejemplos de las primeras son las imágenes de Santa Bárbara¹, y de la Magdalena², y de las segundas Juana Pimentel³ y Catalina Suárez de Figueroa⁴. No falta una reina, como Isabel la católica, retratada con un libro en sus manos⁵. Estas imágenes reflejan la tendencia bajomedieval a una mayor alfabetización, que repercutía en la multiplicación del número de lectoras, aunque solo las mujeres de los grupos sociales elevados, especialmente nobleza o mercaderes ricos de las ciudades, tenían acceso al privilegio de la lectura.

La iconografía de la Virgen con libro y su expansión plantea interrogantes sobre la intencionalidad de esas imágenes. ¿Qué se pretendía con ellas? ¿Se intentaba fomentar la lectura de libros piadosos como los que supuestamente leía la Virgen? ¿Se quería divulgar el modelo de mujer sumisa de María? Es evidente que los únicos libros recomendados para mujeres, en un tiempo en que aún se cuestionaba si era apropiado que las mujeres leyeran⁶, eran los libros de oraciones. Sin embargo, las obras de algunas de las pocas escritoras que se atrevieron a dejar su voz por escrito, así como los libros que algunas mujeres tenían en su poder, llevan a pensar que no eran siempre obras religiosas las que leían o les interesaban. ¿Hasta qué punto obedecían las recomendaciones de lecturas que las animaban a mantenerse sumisas o, por el contrario, trasgredían las normas y leían libros que las incitaban a rebelarse ante la sociedad patriarcal que las exigía subordina-

¹ Entre las representaciones de Santa Bárbara hay un dibujo de Jan van Eyck en el Musée Royale de Antwerp, y una pintura del maestro de Flemalle en el Museo del Prado.

² Entre las representaciones destacables de la Magdalena se encuentra un cuadro de Roger van der Weyden (1400-1464), pintado en torno al año 1445, que se conserva en la National Gallery de Londres, y otro pintado por Piero di Cosimo (1462-1522), conservado en la Galleria Nazionale d'Arte Antica, Palazzo Barberini, de Roma.

³ Juana Pimentel era la esposa de Don Álvaro de Luna, y aparecen ambos en el retablo de Santiago de la catedral de Toledo.

⁴ Jorge Inglés realizó el retrato de Catalina Suárez de Figueroa, la esposa del Marqués de Santillana, en el Retablo de los Ángeles de la Capilla del Hospital de Buitrago

⁵ En el famoso cuadro de «La Virgen de la mosca», guardado en la sacristía de la colegiata de Toro (Zamora).

⁶ Interesante repaso a los autores que se oponían a la educación de las mujeres en GREEN, D. H., *Women Readers in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 84 y ss.

ción? ¿Fue el incremento del número de lectoras en la Baja Edad Media lo que permitió a las mujeres tomar conciencia de su posición en la sociedad patriarcal y les ayudó a iniciar un camino de defensa en medio de la sociedad misógina en la que vivían? ¿Era la cultura en general y la lectura en particular los factores que hacían a las mujeres más libres?

Para responder a estas preguntas vamos a examinar las lecturas femeninas o los libros que poseían algunas mujeres, para ver si cumplían las recomendaciones que se les hacían; en concreto se mirarán las bibliotecas de algunas mujeres de la poderosa familia Mendoza. Después vamos a detenernos brevemente en algunas escritoras que denunciaron la misoginia de la época, para ver hasta qué punto sus lecturas pudieron ayudarles a tomar conciencia de su posición en la sociedad; en algunas de sus obras se podrán vislumbrar las posibilidades de las mujeres para alzar su voz, aunque fueran pocas las escritoras que denunciaran el papel que les atribuía la sociedad patriarcal. Finalmente se contemplará la posición de algunas mujeres de la nobleza en relación con la cultura de su tiempo, para tratar de ver si su formación intelectual pudo repercutir en su libertad de acción, o en el poder, influencia o autoridad femenina.

La relación de las mujeres con los libros durante la Edad Media, y en concreto en los siglos XIV y XV, cuando se desarrolla un importante impulso cultural antesala del Renacimiento, ha sido objeto de atención de investigadores de diversos ámbitos geográficos. Desde mediados del siglo XIX, cuando algunos escritores franceses publicaron la relación de libros de algunas de las soberanas medievales del reino de Francia⁷, el interés por el tema de la relación de las mujeres con los libros no ha cesado, aunque se ha incrementado recientemente. En consecuencia hay una amplia bibliografía, pero me voy a limitar a apuntar algunos de los estudios más recientes, el de Dennis H. Green, publicado en 2007 bajo el título *Women Readers in the Middle Ages*⁸ en el que dedica su atención a las mujeres lectoras de tres espacios europeos: Alemania, Francia e Inglaterra, y el libro editado en 2008 por Heidi B. Hackel y Catherine E. Kelly, que han reunido un interesante conjunto de trabajos en *Reading women: literacy, authorship, and culture in the Atlantic world, 1500-1800*⁹.

Para el ámbito hispano los trabajos más sobresalientes se han publicado en las dos últimas décadas, en concreto en la década de los noventa; entre ellos habría

⁷ Ya en el siglo XIX se publicaron algunas relaciones de libros de las reinas de Francia. PARIS, P., «Livres de Jehanne d'Evreux, reine de France, femme de Charles le Bel (de 1325 à 1370)», *Bulletin du bibliophile*, 2e série, 10 (1837), pp. 492-4; PARIS, P., «Livres de la reine Clémence, femme de Louis le Hutin, morte en 1328», *Bulletin du bibliophile*, 2e série, 18 (1837), pp. 561-4; LEROUX DE LINCY, A., «Notice sur la bibliothèque de Catherine de Médicis», *Bulletin du bibliophile*, 1858, pp. 915-941; VALLET DE VIRIVILLE, A., «La Bibliothèque d'Isabeau de Bavière, Reine de France» *Bulletin du Bibliophile*, 14 (1858), pp. 663-687.

⁸ GREEN, D. H., *Women Readers in the Middle Ages*.

⁹ BRAYMAN HACKEL, H., y KELLY, C. E. (eds.), *Reading women: literacy, authorship, and culture in the Atlantic world, 1500-1800*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania Press, 2008.

que resaltar *Las sabias mujeres: Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)*¹⁰, *De leer a escribir. I. La educación de las mujeres: Libertad o subordinación?*¹¹ y *Des femmes et des livres: France et Espagnes, XIe-XVIIe siècle*¹². A partir de entonces el número de obras sobre el tema se ha incrementado, aunque no con la celeridad deseada, probablemente porque la parquedad de las fuentes hace difícil dar respuestas a las múltiples preguntas planteadas. Aún así habría que añadir a la lista los estudios de Isabel Beceiro Pita¹³, y Elisa Ruiz García¹⁴, junto a la obra coordinada por María del Val González de la Peña, *Mujer y cultura escrita. Del mito al siglo XXI*¹⁵, en donde se reúnen varios trabajos sobre las mujeres durante la Edad Media Hispana.

Entre los muchos aspectos contemplados en estos trabajos, se ha analizado la relación de las mujeres con los libros, y se ha procurado, entre otras muchas cosas, ver la influencia que pudieron tener las mujeres cultas en la construcción cultural bajomedieval y de comienzos del Renacimiento¹⁶. En este breve trabajo planteamos la cuestión contraria: qué influencia tenían los libros sobre las mujeres. Sin otra pretensión más que reflexionar sobre un tema que necesita de una investigación más profunda, se tratará de responder a las preguntas apuntadas antes para ver de qué manera los libros pudieron contribuir a la forma en que las mujeres actuaron en su vida y si la lectura las hizo más capaces para tener una independencia y un poder que no tenían la mayoría de mujeres que no tenían acceso a la educación.

En 1995 Teresa Nava publicó un trabajo que tituló «La mujer en las aulas (siglos XVI-XVIII): una historia en construcción»¹⁷; si a mediados de la década de los noventa la historia de la educación femenina era una historia en construcción, sigue siéndolo y requiere de muchos «albañiles». Con este breve artículo solo pre-

¹⁰ GRAÑA CID, M. M. (ed.), *Las sabias mujeres: Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)*, Madrid, Al-Mudayna, 1994. Uno de los estudios analiza la biblioteca de una de las reinas de la corona de Aragón: RÍQUER, Isabel de, «Los libros de Violante de Bar», pp. 161-173

¹¹ SEGURA GRAÍÑO, C. (ed.), *De leer a escribir. I. La educación de las mujeres: ¿libertad o subordinación?*, Madrid, Al-Mudayna, 1996.

¹² DE COURCELLES, D. y VAL JULIÁN, C., *Des femmes et des livres. France et Espagnes, XIe-XVIIe siècle*, Paris, Ecole des Chartes, 1999.

¹³ BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, Murcia, Nausicaä, 2007. Reúne en esta obra algunos de sus artículos sobre el tema de las mujeres lectoras.

¹⁴ Esta autora ha trabajado especialmente la biblioteca de la reina Isabel la Católica, sobre la que ha escrito una magnífica obra titulada *Los libros de Isabel la Católica: Arqueología de un patrimonio escrito*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004. Entre sus obras sobre el tema de la lectura hay que apuntar también *Libro de Horas de los retablos* (Ms. Vitr. 25-3 de la Biblioteca Nacional), Barcelona, Millennium, 2005, vol. I Edición facsimilar; vol. II Estudio codicológico, paleográfico y textual, y *El imaginario de una reina. Páginas selectas del patrimonio escrito de Isabel la Católica*, Madrid, AyN ediciones, 2007.

¹⁵ GONZÁLEZ DE LA PEÑA, M. (coord.), *Mujer y cultura escrita. Del mito al siglo XXI*, Gijón, Trea, 2005

¹⁶ BELL, S.G., «Medieval Women Book Owners: Arbiters of Lay Piety and Ambassadors of Culture», *Signs*, 7:4 (1982: Summer), p. 742.

¹⁷ NAVA RODRÍGUEZ, T., «La mujer en las aulas (siglos XVI-XVIII): una historia en construcción», *Cuadernos de Historia Moderna*, 16, 1995.

tendemos colocar un pequeño ladrillo en esta historia que, a pesar de todo lo edificado, aún sigue en construcción.

LAS LECTURAS FEMENINAS: ENTRE LA SUMISIÓN Y LA REBELDÍA

Al contemplar las imágenes de mujer con libro puede surgir la duda de si éste era un simple objeto decorativo, o en realidad las mujeres eran buenas lectoras. Las imágenes comunican la idea de que esas mujeres realmente leían. En dos cuadros de la Anunciación¹⁸, Simone Martini representó a María en el momento en que el ángel le anunciaba que iba a ser madre, y la pintó con la mano en la página que estaba leyendo, supuestamente para volver a retomar la lectura una vez escuchadas las palabras del ángel. Es difícil afirmar que la Virgen, Santa Ana, la Magdalena o Santa Bárbara sabían leer; por el contrario, las citadas Juana Pimentel o Isabel la Católica, como otras mujeres nobles, sí sabrían hacerlo. Leyeran o no, el mensaje que transmiten esos cuadros es, sin duda, más ideológico que real.

El incremento del número de imágenes en las que aparece el libro en manos de mujer sugiere no solo el beneplácito de la lectura como actividad femenina en un tiempo de creciente alfabetización, sino también la revalorización de la cultura, con un impulso de la cultura escrita, que pretendía ir dejando atrás la cultura oral, propia del mundo feudal. Sin embargo, la lectura que aparece en las imágenes posiblemente no fuera la más común; en la Baja Edad Media buena parte de la lectura era un acto complejo, que no siempre se producía en soledad, con introspección o reflexión solitaria, sino más bien al contrario, la voz viva y expresiva colaboraba en la producción del significado del texto. En efecto, más habitual sería leer en voz alta, algo que ampliaba el círculo de mujeres que podrían considerarse lectoras, al acceder al conocimiento de textos, con los que podían llegar a familiarizarse sin tener la capacidad de leerlos¹⁹. En realidad a la hora de valorar las lecturas femeninas habría que redefinir los términos «leer»²⁰ y «lector»²¹,

¹⁸ Uno en la Galería de los Uffizi de Florencia y el otro en el Real Museo de Bellas Artes de Amberes.

¹⁹ VINYOLES, T., «La cotidianidad escrita por una mujer del siglo XV», *Mujer y cultura escrita*, p. 128. Expone que la protagonista de su trabajo, Sança Ximenis, «leía en voz alta a sus colaboradoras su libro de horas y el *Ars moriendi*». También en algunas obras literarias se dibujan escenas de mujeres que leen en alto: Chretien de Troyes en *El Caballero del León* presenta a una «doncella que iba leyendo una novela no sé de quién ni de qué trataba y para escuchar esta lectura, que iba siguiendo recostada, había acudido una dama». También en *El caballero Zifar* se presenta a una doncella que leía en un libro, y debía de hacerlo en alto, cuando dice que el infante entendía muy bien todo lo que ella leía. MARÍN PINA, M.C., «La mujer y los libros de caballería. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura Medieval*, III, 1991, pp. 130 (nota 4) y 132. FERRER GIMENO, M.R., «Mujeres y libros en Valencia (1416-1474)», *Estudis Castellonencs*, 6, 1994-1995, pp. 515-523.

²⁰ LÓPEZ ESTRADA, F., «Las mujeres escritoras en la Edad Media Castellana» en *La condición de la mujer en la Edad Media*. Madrid, Casa de Velázquez, 1986, pp. 9-38. Citando un pasaje de Teresa de Cartagena en la que la autora dice «El sólo me leyó», señala que «Leer tiene aquí el sentido activo de lección que se recibe en el alma de una manera directa: se trata, pues, de una enseñanza peculiar que no se aprende ni en los libros ni en las universidades que los leen a los estudiantes», p. 27.

para poder ampliarlos; el primero para explicarlo también como un tipo de lección, y el segundo para considerar lectoras a las mujeres que tenían acceso al contenido de un libro aunque ellas personalmente no lo leyeran, sino que lo escucharan con atención²². Por otra parte, y por esa misma circunstancia, mujeres que no sabían leer eran propietarias de libros.

La incapacidad de conocer quiénes sabían leer y quiénes no, lleva a limitar la atención a los libros de los que algunas mujeres eran propietarias, al margen de si los leían o no, pues es evidente que poseer un libro no era, ni es, equivalente a leerlo, o a tener capacidad de hacerlo.

La dificultad de conocer si las mujeres sabían leer o no, se incrementa con la vaguedad de la idea de educación que transmiten los autores medievales, pues cuando citan a una persona educada, pueden no referirse a educación en *litterae* sino en *mores*. Podía considerarse erudito a alguien que no sabía leer, de lo que puede ser buen ejemplo el emperador Federico Barbarroja, de quien el Obispo Sighard de Cremona dijo que era *illiteratus, sed morali experientia doctus*²³. De hecho cuando se quería apuntar la cultura de una persona se señalaba expresamente su formación en *litterae* o en *mores*. Casiodoro señaló de Amalaberga, sobrina de Teodorico, que era *litteris doctam, moribus eruditam*²⁴.

Para la formación femenina tanto en *litterae* como en *mores* se recomendaban libros piadosos. Las imágenes femeninas citadas, todas de tema religioso o para espacios religiosos, muestran que los libros que leían o se animaba a leer a las mujeres eran fundamentalmente de tema piadoso. Los libros de oraciones y los libros piadosos tenían varias utilidades. Servían para enseñar a leer, al tiempo que ayudaban a mejorar el alma femenina y a evitar uno de los pecados capitales, la pereza²⁵. Las mujeres que no tenían mucho que hacer en el espacio de la casa porque sus sirvientas se encargaban de los trabajos domésticos, tenían el peligro de caer en el ocio indeseado. En eso parecen estar de acuerdo todos los escritores de finales del siglo XIV y de comienzos del XV, al margen de su procedencia o estado. El franciscano Francesc Eiximenis (1340-1409) recomendaba la lectura a las mujeres, y exponía como la reina Constanza, mujer del rey Roberto, hija del rey de Mallorca,

trabajaba con todas las dueñas y doncellas de su tierra que supiesen leer y escribir, porque decía que era aquello mucha ocasión para que fuesen devotas de co-

²¹ MEALE, C., «'Alle the bokes that I haue of latyn, englisch, and frensch': Laywomen and their Books in Late Medieval England», en *Women and Literature in Britain 1150-1500*, MEALE, C.(ed.). Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 128-58, p. 133.

²² Nadie dudaría hoy en día en calificar como lector a una persona ciega, o a alguien que escucha los libros que alguien le lee o que oye en un aparato audiovisual.

²³ GODMAN, P., *The silent masters: Latin literature and its censors in the High Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 197. JAEGER, S., *The origins of courtliness: civilizing trends and the formation of courtly ideals 939-1210*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1985, p. 216.

²⁴ GREEN, D. H., *Women Readers in the Middle Ages*, p. 90.

²⁵ GREEN, D. H., *Women Readers in the Middle Ages*, p. 91.

razón, porque era un ejercicio que las recoge mucho y ordena en buena ocupación, que es gran medio para vivir bien. Y que, estando en casa, las ocupa en leer las fiestas y consolarse en sus tribulaciones con la buena lición²⁶

Opinaba lo mismo el caballero de la Tour Landry, que en el libro de instrucción que escribió para sus hijas hacia 1372, enfatizaba los beneficios espirituales de la lectura, al tiempo que exponía los peligros de los libros que trataban de fábulas y vanidades, al no incrementar la ciencia ni ser provechosos para el alma. La propia Cristina de Pizán se alineaba con esos autores al considerar que la lectura de las vidas de santas vírgenes debía ser parte de la dieta lectora de todas las jóvenes²⁷.

Pero el examen de los libros que poseían las mujeres muestra que no siempre seguían esas recomendaciones, pues entre esos libros se encuentran algunos de otros géneros, entre ellos incluso algunos de los considerados poco recomendables. Un sondeo de los libros de algunas bibliotecas femeninas permitirá demostrar esta afirmación.

Vamos a comenzar con la biblioteca de Doña Elvira Lasa de Mendoza, una de las nobles mujeres de esta poderosa familia. Estaba ligada al marqués de Santillana por partida doble, era su hermana, y además se había casado con Gómez Suárez de Figueroa, hermano de Catalina Suárez de Figueroa, la esposa del marqués de Santillana. Antes de su muerte, en 1459, Doña Elvira hizo un testamento en el que dejaba al monasterio de Santa Clara de Zafra, los siguientes libros²⁸:

un misal grande — 1.600 maravedíes

un salterio grande para el coro — 1.500 mrs.

un salterio luminado con letras de oro e con imajines — 2.000 mrs.

un libro de los evangelios e epistolas de los actos de los apostoles — 500 mrs.

dos libros de filos sanctorum — 800 mrs.

tres libros de Martin Peres — 900 mrs.

un libro de Blanquerna — 400 mrs.

un libro de San Fulgencio — 300 mrs.

las 24 colaciones de los Santos Padres en 3 volúmenes de libros — 900 mrs.

un libro de Sant Johan Climaco — 1.300 mrs.

un libro de la Bartolina — 1.500 mrs.

²⁶ *Carro de las donas (Valladolid, 1542)*, Carmen Clausell Nácher (ed.), http://www.tdr.cesca.es/TE-SIS_UAB/AVAILABLE/TDX-0608105-110729/ccn2de4.pdf, Libro II, cap. XXVI, p. 269.

²⁷ MEALE, C. (ed.), *Women and Literature in Britain 1150-1500*, p. 2.

²⁸ Hecho en Badajoz el 28 de agosto de 1459, Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Sección Nobleza, Osuna, 1767, 4.

un libro de la Margarita — 1.500 mrs.

un libro de estímulo de amor — 300 mrs.

La biblioteca de esta noble no se distinguía por el gran número de libros, sin embargo, el examen de las obras que poseía descubre dos aspectos de especial interés: la diversidad de géneros en esa pequeña colección, y el valor económico de algunos de ellos.

Sin duda la mayor parte de los libros eran obras religiosas y piadosas, pero junto a ellos se encontraban dos famosos tratados de Derecho: la *Bartolina* y la *Margarita*. La primera reunía los escritos de Bartolo de Sasoferrato, italiano experto en derecho civil, y la segunda, la *Margarita de los pleytos*, de Fernando Martínez de Zamora, era un compendio divulgativo de derecho canónico, de las Decretales. Ambas obras formaban parte de la literatura jurídica popular, pues estaban escritas en romance para ser accesibles a personas poco o nada versadas en Derecho²⁹. Acopiando libros de distintos géneros, aunque a escala pequeña, seguía Elvira Lasa la tendencia de la época al «coleccionismo ecléctico»³⁰. Además, no sorprende su interés por libros menos religiosos al moverse en el marco de la corte humanista de Juan II. Comenzaba un tiempo más laico, y no es de extrañar que un poeta como Gómez Manrique, animara en sus versos a la reina Isabel a que cambiara las lecturas piadosas por las que incumbían a sus deberes como princesa primero y luego como reina:

El rezar de los Salterios,
y el dezir de las Horas
dexad a las oradoras
que están en los monesterios.
Vos, señora, por regir
vuestros pueblos y regiones,
por hazerlos bien bevir,
por los males corregir,
posponed las oraciones³¹

El valor económico de varios de los libros de Elvira Lasa era considerable, especialmente el salterio iluminado con letras de oro e imágenes. El misal y el salterio grandes eran también de gran valor. Su cuantía en maravedíes era similar a las dos obras de Derecho³², también muy estimadas. El monto total de los libros ascendía a 13.500 maravedíes.

²⁹ ALONSO ROMERO, M. P., *El proceso penal en Castilla, siglos XIII-XVIII*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1982, pp. 76-77.

³⁰ FRANCHINI, D. A., y otros, *La scienza a corte. Collezionismo ecléctico, natura e immagine a Mantova fra Rinascimento e Manierismo*, Roma, Bulzoni, 1979, pp. 80-86.

³¹ SEVERIN, D., «Política y poesía en la corte de Isabel la católica», en *Dejar hablar a los textos: homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Volumen 2, PIÑERO RAMÍREZ, P. M., (ed.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 244-45.

³² Estas obras eran muy estimadas. En un testamento estudiado por Margarita Cantera, el testador tenía el libro de la *Bartolina*, que no le pertenecía, sino que lo tenía porque el «bachiller catalán lo había

¿Era esta colección de doña Elvira Lasa de Mendoza típica o representativa del número y del tipo de libros que poseían las mujeres nobles? Es difícil establecer un canon de los libros poseídos por mujeres, pues variaba mucho de unos casos a otros. Otras mujeres de esta familia Mendoza también solían tener una pequeña colección de libros. Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona, tenía más libros y de géneros más variados que doña Elvira; María de Mendoza, condesa de los Molares, hija del insigne poeta Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, tenía pocos libros, aunque de gran valor³³, superaba el de los libros de Elvira Lasa. Estas mujeres de la poderosa familia Mendoza, son uno de los mejores ejemplos para estudiar los libros y lecturas femeninas, al pertenecer a un linaje que unía la riqueza y el poder con el interés por la cultura³⁴. Sin embargo, la transmisión de riqueza, poder y cultura no iba siempre acompañada de la cesión de libros; tener un padre como el marqués de Santillana no se tradujo necesariamente en buenas bibliotecas de sus hijas.

Sin embargo, es difícil generalizar, pues no faltan evidencias de mujeres que recibieron en herencia valiosos libros de la familia. El más famoso de los Libros de Horas, las *Très Riches Heures* del duque de Berry, fue heredado por una de las hijas del duque, y otra de sus hijas pidió incluir en su herencia cuarenta de los libros más preciados de su padre³⁵. Esta conducta probablemente se seguía por otros nobles propietarios de libros, aunque no fuera generalizada. A su muerte Elvira Lasa dejó en su testamento muchos bienes a su hija, pero entre ellos no había ningún libro³⁶; sus libros los dejó a un monasterio, como hizo también Aldonza de Mendoza.

Bien por herencia o bien por compra, en las casas de mujeres de la nobleza solía haber un número de libros más o menos grande, más o menos valioso o más o menos dispar en los géneros literarios.

Los libros que dejó Aldonza al monasterio de Lupiana fueron treinta y dos³⁷, aunque podría haber poseído algunos más³⁸. Treinta y dos libros tenía también Le-

empeñado por 3 florines de oro, cantidad que refleja su valor económico, CANTERA MONTENEGRO, M., «Notas sobre libros en los testamentos riojanos medievales (siglos XIII-XV)», *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, 22, 1, 1989, pp. 89-94, p. 92.

³³ Los libros que figuran en el testamento de María de Mendoza (1493) son:

la escritura del libro mayor en pergamino que tiene quince cuadernos	2.790 mrs.
ocho libros de Estorias	8.000 mrs.
veintiuna letras con su devoción y media viñeta	5.565 mrs.
tres libros	3.000 mrs.

El conjunto fue apreciado en 19.355 mrs.

FRANCO SILVA, A., «El Patrimonio de doña María de Mendoza, condesa de los Molares», *Estudos em homenagem ao professor doutor José Marques*, Porto, pp. 105-121, p. 119.

³⁴ NADER, H., *Power and Gender in Renaissance Spain. Eight Women of the Mendoza Family, 1450-1650*. Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2004.

³⁵ BELL, S. G., «Medieval Women Book Owners», p. 748.

³⁶ AHN, Sección Nobleza, Osuna, 1767,4.

³⁷ AHN, Sección Nobleza, Osuna, 1837, 4.

³⁸ Es difícil conocer el número de libros que poseían estas mujeres por la «ambigüedad de algunas de las fuentes documentales a utilizar, y en concreto de los inventarios *post mortem*», ÁLVAREZ MÁR-

onor Pimentel, la esposa del segundo conde de Plasencia en 1490³⁹. Estas nobles castellanas tenían un número de libros similar al de otras nobles europeas de su tiempo⁴⁰, aunque el número de ejemplares que llegaban a reunir las mujeres era menor que el de los nobles varones.

No faltaban libros «para mujeres» en las bibliotecas de algunos nobles, como puede observarse en la relación de libros del conde de Benavente, que tenía una «bravía de la señora condesa en papel çebti mayor con tablas de madero cubiertas de cuero colorado»⁴¹, y «un librito de mano de muger de devoçiones de rezar»⁴². Probablemente los hombres estaban convencidos de que eran las lecturas religiosas las que convenían a las mujeres, pero por los libros que algunas mujeres solas poseían se puede ver que no estaban interesadas exclusivamente por esas lecturas, y de ello es buen ejemplo doña Aldonza.

En efecto, Aldonza de Mendoza, que murió un cuarto de siglo antes que Elvira Lasa, tenía junto a los libros religiosos, varios libros de *Estorias*, entre ellas las obras de Alfonso X, la *Estoria General* y la *General Estoria*. Además tenía historias noveladas que tanto gustaban en aquel tiempo, en concreto las historias de Alejandro y de la conquista de Troya. Pero doña Aldonza además estaba interesada por los libros de caballería, el segundo género predominante en su biblioteca, en la que se encontraban cinco libros de ese género: dos con la historia de Amadis, otros dos con la de Tristán y otro con la historia de Canamor. Seguía esta dama la moda de los libros de caballería que no solo atraían a los hombres, sino a las mujeres⁴³, y reunía libros tan diversos que también muestra el incipiente coleccionismo ecléctico comenzado en las cortes humanistas del siglo XV.

Faltaba en su armario⁴⁴, como en el de otras nobles castellanas de su tiempo, un Libro de Horas, tipo poco común en Castilla, aunque algunas mujeres poderosas, como Isabel la Católica, los tuvieron⁴⁵. Más allá de los Pirineos, un Libro de Horas era el tesoro que casi todas las mujeres ricas deseaban, siendo incluso uno de los objetos típicos de los ajuares de boda de las mujeres de la nobleza europea. Esta peculiaridad es una muestra de la diversidad de intereses y de costumbres de

QUEZ, M. C., «Mujeres lectoras en el siglo XVI en Sevilla», *Historia, Instituciones, Documentos*, 31 (2004), pp. 19-40, p. 19.

³⁹ BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, p. 535.

⁴⁰ BELL, S. G., «Medieval Women Book Owners», p. 745.

⁴¹ BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, p. 464.

⁴² BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, p. 487.

⁴³ MARÍN PINA, M. C., «La mujer y los libros de caballería», pp. 129-148. Mujeres de la realeza y la nobleza, e incluso religiosas, se interesaban por este género y buenos ejemplos fueron Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús.

⁴⁴ Parece más adecuado hablar de armario que de biblioteca, pues incluso no se suele aplicar para instituciones medievales de enseñanza como las primeras universidades. RIESCO TERRERO, A., «Datos para la Historia de una Biblioteca Medieval y Renacentista Vinculada al Cabildo Catedral de Salamanca», *Revista General de Información y Documentación*, vol. 8, 1, 1998, pp. 189-201.

⁴⁵ La reina Isabel poseía algunos Libros de Horas, RUIZ GARCÍA, E., «Los Libros de Horas en los inventarios de Isabel la Católica», en *El libro antiguo español VI*, CÁTEDRA, P. M. y LÓPEZ-VIDRIERO, M. L. (eds.), Salamanca, Semyr, 2002, pp. 389-420, p. 393.

las lecturas femeninas de los distintos reinos europeos. Si todas eran empujadas a leer libros religiosos, las que lo hacían se interesaban por diversos tipos, mientras que algunas se enfrascaban en libros de oración, a otras les maravillaban las historias del *Génesis*, y no faltaban las interesadas en el *Apocalipsis*. Este último parece haber sido interés especial de las mujeres inglesas, en tanto que no se encuentran referencias a que atrajera a las mujeres de los reinos hispánicos. Sin embargo, los libros de caballería, como las novelas del ciclo artúrico o de andanzas de determinados personajes eran del gusto de las damas de todos los países de Europa Occidental. Tanto se extendió su lectura entre las mujeres, que no es de extrañar que pasado el tiempo se incluyeran tratados de formación femenina «camuflados» como parte de alguna novela de caballería⁴⁶. Estas novelas de aventuras y amoríos fascinantes eran mucho más entretenidas que los repetitivos devocionales que los hombres se empeñaban en hacerles leer.

Algunos autores misóginos denunciaron la tendencia de las mujeres a leer las obras prohibidas⁴⁷. Giovanni Boccaccio, en el *Corbaccio*, decía de las mujeres viudas:

«Le sue orazioni e i suoi paternostri sono i romanzi franceschi e le canzoni latine, ne'quali ella legge di Lancelotto e di Ginevra e di Tristano e d'Isotta e le lor prodezza e i loro amori e le giostre e i torneamenti e l'assemblee...»⁴⁸. Rosanna Cantabella llama la atención sobre la similitud de esas palabras con las de un sermón de Vicente Ferrer dirigido a las mujeres, en las que parece claro que las mujeres aprenden canciones e historias profanas más o mejor que las oraciones: «Aprenets lo credo axí com aprenets les cançonetes vanes, que totes toquen paper»⁴⁹. Esta autora considera que con las lecturas, especialmente las de tema amoroso, las mujeres podían consolarse de sus tribulaciones y evadirse de los aspectos poco satisfactorios de su vida⁵⁰.

Los autores que querían denunciar a las mujeres, las acusaban de leer lo que no debían. Formaba parte de la propaganda de mujeres desobedientes, parlanchinas, lujuriosas, y además lectoras de libros, que podían leer los hombres, pero no las mujeres bien educadas. En esos libros aprenderían algunas de las cosas prohibidas. Esas lecturas muestran la rebeldía de algunas mujeres, generalmente mujeres solas, que eran las que tenían más posibilidades de ser rebeldes o más rebeldes.

⁴⁶ Agradezco a Yolanda Beteta la información sobre el «Ornamento de princesas» integrado en la novela caballeresca *La Cuarta Parte de Don Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva. BETETA, Y., «Educatando a las mujeres en el ideal caballeresco. Una aproximación a la instrucción femenina en el Florisel de Niquea de Feliciano de Silva». SEGURA, C.(ed), *La Querrela de las Mujeres. Antología de textos*, Madrid, Almudayna (en prensa).

⁴⁷ CANTABELLA, R., «Lectura i cultura de la dona a l'edat mitjana: opinions d'autors en català», *Caplletra*, 3, Tardor 1988.

⁴⁸ CANTABELLA, R., «Lectura i cultura de la dona a l'edat mitjana», p. 119.

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ CANTABELLA, R., «Lectura i cultura de la dona a l'edat mitjana», p. 120.

DE LA LECTURA A LA ESCRITURA

cayó en mis manos cierto extraño opúsculo... que tenía como título *Libro de las lamentaciones de Mateolo*... Pese a que este libro no haga autoridad en absoluto, su lectura me dejó, sin embargo, perturbada y sumida en una profunda perplejidad. Me preguntaba cuáles podían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados. No es que se trate de un hombre o dos... sino que no hay texto que no esté exento de misoginia⁵¹

Estas famosas palabras de Cristina de Pizán en *El Libro de la Ciudad de las Damas* son claro exponente de como esta prolífica escritora tomó conciencia de la aversión hacia las mujeres que la rodeaba. El texto pone de manifiesto que fue la lectura de un libro la que le hizo reflexionar sobre la misoginia de su tiempo, y sobre la consideración de muchos hombres hacia las mujeres, muy alejada de lo que Cristina pensaba que merecía el género femenino.

Muchas mujeres que viven en una sociedad patriarcal, aunque no siempre misógina, no toman conciencia de las injusticias a las que están sometidas si no hay algún factor que de alguna manera les llame la atención sobre tal circunstancia. Si Cristina de Pizán parece haber tomado conciencia leyendo, ¿fue también la lectura el medio de concienciación de otras mujeres lectoras de aquel tiempo? Es difícil contestar a esta pregunta puesto que fueron muy pocas las mujeres que escribieron y denunciaron la misoginia. Un breve recorrido por la obra de algunas figuras femeninas de los reinos hispánicos, tomadas como precursoras del feminismo, Teresa de Cartagena (1425-1475) e Isabel de Villena (1430-1490), podría ayudar a contestar la pregunta. Aunque ninguna de estas escritoras fue tan prolífica como Cristina de Pizán, en sus obras se puede percibir una toma de conciencia que las lleva a contestar las críticas masculinas.

Teresa de Cartagena, que mantuvo una relación personal y profesional con Juana de Mendoza, esposa de Gómez Manrique, dedicó a su protectora su primera obra, la *Arboleda de los enfermos*, texto que provocó reacciones hostiles de algunos autores de su tiempo. A petición de Juana de Mendoza, Teresa escribió una obra, *Admiración Operum Dey*, en la que refutó las críticas recibidas, con plena conciencia de que se habían hecho por su condición de mujer:

como vemos por experiencia quando alguna otra persona de synple e rudo entendimiento dize alguna palabra que nos paresca algund tanto sentida, maravillámonos dello, no porque su dicho sea digno de admiración, más porque el mismo ser de aquella persona es asy reprobado e baxo e tenido en tal estima que no esperamos della cosa que sea buena. Y por esto quando acaece por la misericordia de Dios que tales personas simples y rudas dicen o hacen algunas cosas, aunque no sea del todo buena, y si no comunal, maravillámonos mucho por el respeto ya

⁵¹ PIZÁN, Cristina de, *La ciudad de las damas*, edición de Marie-José Lemarchand, Madrid, Siruela, 1995, Libro I, capítulo 1, pp. 5-6.

dicho. Y por el mismo respeto creo ciertamente que se hayan maravillado los prudentes varones del tratado que yo hice, y no porque en el se contenga cosa muy buena ni digna de admiración, más porque mi propio ser y justo merecimiento con la adversa fortuna y acrecentadas pasiones dan voces contra mí y llaman a todos que se maravillen diciendo: «¿Cómo en persona en que tantos males asientan puede haber algún bien?» Y de aquí se ha seguido que la obra mujeril y de poca sustancia que digna es de reprehensión entre los hombres comunes, y con mucha razón sería digna de admiración en el acatamiento de los singulares y grandes hombres, porque no sin causa se maravilla el prudente cuando ve que el necio sabe hablar⁵².

Ante las críticas de plagio señala que no tuvo otro maestro más que Dios: «no oue otro Maestro ni me conseje con otro algund letrado, ni lo traslade de libros como algunas personas con maliçiosa admiración suelen dezir»⁵³. Era difícil denostar a una mujer como Teresa de Cartagena que rezuma humildad en sus escritos, apuntando que sus estudios «más me hazen dina de remysion plenaria en la simpleza de lo sobredicho que no me otorgan sabiduria en lo que dezir quiero». La propia autora justificaba ante su patrocinadora Juana de Mendoza las críticas de los hombres, ante el asombro que podía producirles que una mujer escribiera: «creo yo... que la causa porque los varones se maravillan que muger aya hecho tractado es por no ser acostumbrado en el estado fimíneo, mas solamente en el varonil»⁵⁴. La escritora, sin pretensiones y sin acritud, se limitaba a dejar salir de su interior lo que consideraba necesario desaprobar de los autores que habían reaccionado de forma hostil ante su primer libro. Su respuesta estaría en línea con la afirmación de Peter Dronke sobre las escritoras medievales de tiempo anterior a Teresa de Cartagena:

las razones por las que las mujeres escriben [hasta el siglo XIII] son, en apariencia, rara vez literarias, sino más serias y urgentes de lo que es habitual entre sus colegas varones; responden a una necesidad interior antes que a una inclinación artística o didáctica⁵⁵

Esta necesidad interior podría estar en la base de la *Vita Christi* de Isabel de Villena, obra en la que la Virgen María y las otras mujeres que acompañaron a Jesús en su vida adquieren un protagonismo extraordinario, algo que se ha explicado como una reacción ante el tratado misógino del médico del convento en el que era abadesa Isabel de Villena. Este médico, Jaume Roig, escribió uno de los más obscenos textos sobre mujeres, el *Spill*, probablemente conocido por Isabel de Villena. Esta no le contesta directamente, pero escribe una obra en la que se po-

⁵² CARTAGENA, T. de, *Arboleda de los enfermos. Admiración operum Dey*, L. J. HUTTON (ed.), Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, XVI, 1967, p. 113.

⁵³ CARTAGENA, T. de, *Arboleda de los enfermos. Admiración operum Dey*, p. 131.

⁵⁴ CARTAGENA, T. de, *Arboleda de los enfermos. Admiración operum Dey*, p. 115. Sobre las críticas a la obra de Teresa de Cartagena, CABRÉ I PAIRET, M., «La ciencia de las mujeres en la Edad Media. Reflexiones sobre la autoría femenina», en *La Voz del silencio II. Historia de las Mujeres: compromiso y método*, Madrid, 1992, pp. 41-74.

⁵⁵ DRONKE, P., *Las escritoras de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1994, 11

nen de manifiesto los valores femeninos contrapuestos a las afirmaciones de Roig⁵⁶.

Esta reacción ante una cultura misógina podía darse sobre todo en mujeres cultas, pues era de ellas de quienes se podía esperar una reacción reflexionada, aunque no faltó una tan famosa como Margery Kempe, que probablemente no sabía leer ni escribir, y que escribió, mandó escribir o dictó, una importante obra en contra de la misoginia. Era difícil pensar que sin una educación *in litteris* pudiera escribirse de esa manera. Por ello la educación de las mujeres era asunto esencial, defendido también por Cristina de Pizán. Esta autora, en *La ciudad de las Damas*, hacía un llamamiento a la educación de las niñas, que les llevaría a la libertad, al tiempo que incitaba a las mujeres a poner por escrito sus pensamientos:

Si la costumbre fuera mandar a las niñas a la escuela y enseñarles las ciencias con método, como se hace con los niños, aprenderían y entenderían las dificultades y sutilezas de todas las artes y ciencias tan bien como ellos...

Aunque en tanto que mujeres tienen un cuerpo más delicado que los hombres, más débil y menos apto para hacer algunas cosas, tanto más agudo y libre tienen el entendimiento cuando lo aplican...

Ha llegado el momento de que las severas leyes de los hombres dejen de impedirles a las mujeres el estudio de las ciencias y otras disciplinas...

Me parece que aquellas de nosotras que puedan valerse de esta libertad, codiciada durante tanto tiempo, deben estudiar para demostrarles a los hombres lo equivocados que estaban al privarnos de este honor y beneficio...

Y si alguna mujer aprende tanto como para escribir sus pensamientos, que lo haga y que no desprecie el honor sino más bien que lo exhiba, en vez de exhibir ropas finas, collares o anillos. Estas joyas son nuestras porque las usamos, pero el honor de la educación es completamente nuestro⁵⁷

Parte de la educación femenina englobaba, sin duda, la lectura, y aunque muchas de las propietarias de libros no leyeran todas las obras que poseían o compraban, no faltaban las que dedicaban buena parte de su jornada a la lectura de algunos de sus libros, bien en silencio o bien en grupo. Fray Hernando de Talavera en su *Breve y muy provechosa doctrina de lo que debe saber todo cristiano. con otros tractados muy provechosos*⁵⁸, incluye el «tratado provechoso» *De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido. Avisación á la virtuosa é muy noble señora Doña María Pacheco, Condessa de Benavente, de cómo se deve cada día ordenar é ocupar para que expienda bien su tiempo*⁵⁹. Fray Hernando apuntaba el número de horas que las mujeres habían de dedicar a cada una de las tareas, y «asigna unas dos horas y media al recreo o a la lectura... el recreo podía identificarse con escuchar música, mantener conversaciones instructivas o

⁵⁶ FUSTER, Joan. «El món literari de sor Isabel de Villena», *Obres completes*, Barcelona, Edicions 62, 1968, vol. 1, pp. 173-174

⁵⁷ PIZÁN, Cristina de, *La ciudad de las damas*, Libro I, capítulo XXVII.

⁵⁸ (1496), Madrid, N. B. A. E., vol. XVI-*Escritores Místicos Españoles*, 1911, 1-103.

⁵⁹ *Breve y muy provechosa doctrina*, 94-103

intensificar el tiempo de la «lectio»⁶⁰. Fueran más o menos las horas que dedicaran a la lectura, las mujeres de los grupos elevados de la sociedad tuvieron acceso a un nivel cultural que les permitió, si no escribir, al menos patrocinar la obra de escritores o escritoras. Entre las benefactoras de la casa Mendoza podría apuntarse a Juana de Mendoza, Ana de Mendoza y Luisa de la Cerda, la primera patrocinadora de Teresa de Cartagena, y las segundas de Teresa de Ávila⁶¹.

¿LA LECTURA HACE LIBRE?

Junto a la imagen de María y otras santas mujeres con libros en la mano, hubo otra santa ilustrada que gozó del interés de los pintores, aunque no la representaron con libros; se trata de Santa Catalina de Alejandría, buen ejemplo del «incremento del valor social de la cultura», pues, como afirma Isabel Beceiro, «el énfasis puesto en relatos y pinturas en su disputa con los doctores constituye la mejor muestra de que el cristianismo no solamente admite sino que alaba la instrucción femenina cuando es puesta al servicio de la moral y la verdadera fe...»⁶².

Si bien es cierto que la Iglesia católica podía admitir la instrucción femenina, es evidente que no aprobaría las enseñanzas que permitieran la toma de conciencia de las mujeres respecto a la situación en la que las ponía la sociedad patriarcal. Fuera o no del agrado de la Iglesia, la lectura permitía a las mujeres concienciarse de su lugar en la sociedad e incluso desenvolverse con más libertad en algunos casos, aunque sus actuaciones no quedaran reflejadas ni siquiera en las obras escritas por algunas de ellas. En efecto, fue más en sus acciones que en sus palabras en las que se pueden ver atisbos de la libertad que ejercían las mujeres. Aunque las damas de la nobleza recibían suficiente formación para leer no solo en lengua vernácula, sino también en latín o en griego, y no faltaron mujeres que, como las citadas antes, dejaron notables textos escritos, pocas fueron las voces críticas con la sociedad patriarcal y misógina de su tiempo.

Tomando el modelo de la más conocida de las escritoras bajomedievales, Cristina de Pizán, considerada por algunos como la primera feminista, habría que plantear dos preguntas más: ¿Por qué esta escritora tomó la ruta de la defensa de las mujeres y no lo hicieron otras damas que tenían acceso a una formación cultural como ella? ¿Qué diferenciaba los intereses de Cristina de los de otras mujeres de la nobleza? Para responder a estas preguntas habría que observar con detenimiento la formación cultural de unas y de otras y lo que hicieron en la vida unas y otras, pero es una tarea que sobrepasa los límites de este breve artículo. Podría apuntarse que Cristina teorizaba y otras mujeres nobles y cultas practicaban; es decir, Cristina animaba a las mujeres a tomar conciencia de la injusticia que se estaba cometien-

⁶⁰ BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, p. 296

⁶¹ NADER, H., *Power and Gender in Renaissance Spain*, p. 12.

⁶² BECEIRO, I., *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, p. 305.

do con el género femenino e impulsaba la idea de construir un espacio femenino propio, una «ciudad de las damas». Grupos de mujeres poderosas llevaban ya siglos construyendo sus propios espacios de libertad. Comenzaron en monasterios o conventos, donde podían sentirse libres para ejercer sus funciones o aficiones sin control masculino; esos espacios de libertad religiosos se reprodujeron en los palacios de la nobleza, siguiendo el modelo apuntado por Dennis Green de que «las costumbres que se originaban en el claustro después pasaban al mundo laico»⁶³.

Cristina de Pizán, además, parece interesarse por sus congéneres, mientras las otras parecen interesarse por ellas mismas, por su bienestar y poder. La obra de Cristina de Pizán tuvo un eco que poco a poco se fue oyendo, y haciendo mella en sus lectoras, mientras que las mujeres que se reunían en los conventos y en los palacios actuaban con una libertad que solo las alcanzaba a ellas mismas, pues no solía traspasar los muros de sus reductos.

La libertad con que actuaban las mujeres de los grupos poderosos no les venía de su educación, sino fundamentalmente de su posición económica. Era el dinero y no la lectura lo que las hacía libres, aunque los libros contribuyeran a entender el mundo de manera diferente y a sublevarse contra algunos de los presupuestos de la sociedad patriarcal. Con el dinero podían comprar auténticos tesoros de libros⁶⁴, que poseían, regalaban, o utilizaban en la educación de sus hijos. A veces los compraban por puro mimetismo, sin ánimo de lectura. Con el libro adquirían un objeto multifacético en valores, en concreto valor material y valor espiritual; en efecto, el libro era un objeto con valor de cambio, que además elevaba a quienes lo poseían, pues la mujer que tenía libros y sabía leer estaba «por encima de los demás, está más dignificada»⁶⁵. Como objeto de lujo, era un atributo de las mujeres nobles, un símbolo de riqueza utilizado para impresionar. El libro daba prestigio, y por eso se retrataban con libros.

El retrato de la reina Isabel en el cuadro de la Virgen de la mosca es buen ejemplo de ello; era una buena representación de uno de los valores femeninos en alza. Por ello también se la ha calificado de «bibliófila», «un adorno más en el marco de un retrato complaciente y poco realista», pues su amor por la lectura y los libros está por demostrar⁶⁶, aunque tuviera una importante biblioteca. Su gran poder y libertad de acción no le venía de la lectura, aunque, como afirma Elisa Ruiz, es probable que la reina «tuviese una clara idea de la función primordial desempeñada por la lectura y la escritura en el plano personal y político»⁶⁷.

En su representación con un libro, la reina Isabel copiaba el modelo de la reina de los cielos, la Virgen María, que corroboraba en sus imágenes el valor de la lec-

⁶³ GREEN, D. H., *Women Readers in the Middle Ages*, p. 92.

⁶⁴ FERRER GIMENO, M. R., «Mujeres y libros en Valencia (1416-1474)», p. 520.

⁶⁵ FERRER GIMENO, M. R., «Mujeres y libros en Valencia (1416-1474)», p. 518.

⁶⁶ RUIZ GARCÍA, E., «Las prácticas de lectura de una reina: Isabel I de Castilla», en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, pp. 1-21, p. 6. <http://www.cervantesvirtual.com>. Portal de Isabel la Católica (2006).

tura. Las pinturas de la Virgen con libro son buena muestra del modelo digno que se quería transmitir; se había dejado de representarla como hilandera, para pasar a presentarla como lectora, admitiendo que las mujeres hacían bien al leer y además animando a que lo hicieran, siguiendo el modelo de María. Nadie como la Madre de Dios podía servir de ejemplo del camino que una mujer había de frecuentar, y si esa mujer llevaba un libro en las manos, las mujeres habían de llevarlo también, pues les ayudaría a seguir el sendero adecuado, aunque en ocasiones lecturas poco recomendables las llevaran por sendas que la Iglesia no deseaba para ellas.

⁶⁷ RUIZ GARCÍA, E., «Las prácticas de lectura de una reina», p. 6.

